

USTED ESTÁ AQUÍ

Testimonios (fragmentos)

1.

Ficus pumila (alias 'monedita')

En mi ausencia extendiste tu espuma a la pared del norte, plantaste serifas en la reja alta de occidente y enviaste emisarios al sur, tu presentación reptil, mientras las hojas establecidas tomaban el sol.

No permitiremos que hinchas demasiado tu portada, cuelgues brazos para crecer higos, sumes alas de avispa a la ecuación.

Tal grosor alentaría el desprendimiento de capas esenciales de protección.

Tampoco alcanza el suelo para esas proyecciones. Falta agua en la ciudad y el aire nos bebe a todos. Yo, mientras tanto, miro. Marco las sombras acorazonadas e intento no adjudicar demasiadas metáforas a tu belleza.

Como mi enfermedad, comenzaste tentativa. Hoy codicias cada superficie. Si pudieras, exigirías toda la luz y mi atención.

MARÍA RICHARDSON

2.

Costurar al escribir, desde la estética del error o en la supuesta perfección de una maquila. Romperse.

Urdir histologías clandestinas, sinapsis aracnoides plagadas del temor de ser, retorcer las articulaciones, los tendones, hasta que una sola gota de costura no sea capaz de emerger, y entonces seguir cosiendo: dolor que no se transparenta a palabras.

Dolor de muerte, de nacer, transformado en eterna sutura. Un infinito romperse.

JUDITH SATÁN

3.

En el año 2006 me diagnosticaron Lupus Eritematoso Sistémico. La experiencia me ha llevado a vivirme de forma distinta, he pasado de la negación a la aceptación gracias al acompañamiento de mi hija, mi yerno, mis amigas, mis maestros. En este proceso ha sido muy importante aprender a escuchar mi cuerpo desde una perspectiva amorosa y no temerosa: descubrí que lo que hace pasar de la negación a la aceptación es transitar del miedo al amor.

ROSALINDA FLORES

4.

El asco de las manos que se deforman. La espalda perdió postura, grabé el paisaje de la ventana excepto cuando llovía. En cinco años logré leer dos paginas de 'Live or die' para soportarme

Durante años fui barril de leche arrinconado en la espera de que el bebé durmiera para creer que seguía viva.

El problema no fue el arroz quemado, la ropa sucia, el llanto del recién nacido, los juguetes en el piso, fue mi voz: la creencia del poema en el mal de Sjögren; por memorizar el poema perdí la cuenta de los domingos.

LAURA ROJAS

5.

Camino por detrás del telón.

Doy vueltas en la máquina,

no en la proyección.

El negativo de la foto.

ISAURA LEONARDO

6.

La enfermedad no me dio tregua; pero yo me di una, entendiendo que diagnóstico no es pronóstico. El médico dijo que la enfermedad es impredecible. Eso implica que puede empeorar cualquier día, pero también puede quedarse como hoy, viva pero en paz. No concibo otra manera de vivir una vida a contrarreloj -ésta que me tocó, de medicamentos, dolores, parálisis, inmovilidad e inflamación- que no sea cuestionando lo que la biomedicina y sus discursos de salud me han puesto en la mesa.

Yo, aunque milito en la ternura, ya no creo que la medicina pueda ni deba ejercerse sin las enfermas.

JOCELYN CHÉE SANTIAGO

7.

Cada vez que mi cama se torna un terreno de guerra, me resisto a olvidar el bosque que al encuentro me creció del pecho. Me cuesta imaginar que cesa el dolor. Qué pasa con los brotes que vi nacer de las sequías. Cuánto cansancio de mí fingí no escuchar. Cada vez que mi casa de guerras se prende a combustible, guardo lo invisible para salvarla, sostengo firme la casa que me quema, dudo del tiempo correcto para llevar a salvo esta casa mía que soy yo.

CATALINA PEREA

8.

Habito un cuerpo enfermo, un cuerpo confundido, berrinchudo, asustado, constantemente a la defensiva y siempre dispuesto a atacarse a sí mismo pensando que es por un bien mayor.

Por más que intente descansar, desconectar, darle amor, ser paciente, hay días donde quisiera decirle que por favor me regale un día sin drama, no es que no lo quiera, simplemente necesito una pausa para recordarme que la vida es más que una larga serie de dolores.

EMILIA BAUTISTA

9.

Mi cuerpo es un campo de batalla, lucha contra sí mismo. Mi cuerpo es una bomba que se resiste a estallar.

Mi cuerpo camina conmigo. Mi cuerpo es un perfecto imperfecto: funciona porque se adapta. Mi cuerpo es la casa de mi corazón desparramado que ocupa todo mi pecho.

Mi cuerpo es una montaña, tiene subidas y bajadas, llora como un río y arde como un bosque buscando renacer de las cenizas. Todo habita en mi.

ZINZI SÁNCHEZ

10.

Mi pierna derecha está anonadada. No entiende porque está metida en una bota de dolor que no se puede quitar. No entiende por qué ya no caminamos senderos largos, porque ya no saltamos, bailamos, ni paseamos como antes. Mi pierna izquierda quiere consolarla pero no sabe cómo.

Yo trato de decirles que estaremos bien, que esto pasará. Que subiremos cerros y cargaremos nuestra casita en la espalda para caminar senderos verdes. Para dormir en bosques bellísimos. Y que nosotras solitas caminaremos hasta ahí. No sé por qué, siento que no me creen. Ya no sé cómo más cuidarlas. Solo me sale decirles, decirnos, decirme, que así será.

OLYMPIA DE LA PUENTE

11.

Tengo una línea en el lado izquierdo del pecho, debajo del manubrio. Por ahí entró el marcapasos. No duele, nunca dolió, pero a veces da comezón. Siempre presente, siempre reconocible. Está casi a la misma altura que los tres puntos rojos que dejó el catéter en el otro lado de mi pecho.

Líneas y puntos que no explican mi cuerpo y lo que le pasa. Líneas y puntos que lo sostienen. Como en clave Morse, como latido.

GABRIELA ASTORGA

12.

Ahora que estamos juntas, podemos hablar de lo que no quisiéramos hablar.

Tengo un hueco en el alma. Tengo un dolor de cabeza. Tengo una flor en la mano. Tengo cosquillas en las axilas, en el costado. Tengo una cicatriz en las canillas porque me caí. Tengo un calambre en la pierna. Tengo una garra de gato en la cadera. Tengo un huracán en mi vida. Tengo un recuerdo en el corazón, encima del alma

HILDA REYES (LILA)

13.

Habité en un rostro monstruoso por mi síndrome congénito sin nombre registrado, ellos (en mi escuela) lo llamaron así: zombi, tortuga ninja, monster. y más cosas que no escuché porque nací hipoacúsica. Me implantaron un audífono en mi cráneo que tiene todo el poder sobre mí porque cuando lo desconecto desaparezco en un mar insonoro que me ahoga en inseguridades. El propio capacitismo me discapacitó. Llego tarde a la lengua de señas, ¿cómo voy a aprender a mi edad? tengo cuarenta y ocho años y sigo trabajando en mi autoestima y en la apropiación de mi cuerpo como mi propio territorio de amor.

PAULA OREJUDO

14.

Mi cerebro es la parte que más resalta de mi cuerpo, aunque se esconde muy bien en la espasticidad de mis brazos, en mi voz rota y en mi caminar chueco en realidad es él quien se nota. Mi cerebro también guarda toda mi inteligencia, mi sensibilidad, mis recuerdos. Todo eso que presumo de mi personalidad. Mi cerebro me hace ser yo y yo soy gracias a él.

SOFÍA TORRES

15.

Mi cuerpo es una cajita de hojalata donde guardo chucherías. Tengo un agujero en mi tiroides por tantos auto-cañoñazos; es un pan de masa madre seco y con moho. Tengo otro en el páncreas y por eso hizo aguas, como las barcas que rompe la sirena de Zirahuén. Los que más duelen son los del cerebro, porque ya no veo rostros amados ni saboreo el pistache. Tengo dolor en mis sacrosantas sacros, en las manos, en las escápulas (ya no son alas de ángel); en la voz que se quiebra. Tengo una flor en mi boca. Debería tener otras en las manos, pero todas las plantas se me mueren, así que las no me olvides se mantienen hechas polvo. Por ratos me gusta mucho mi cuerpo (mis piernas-apellido de mi abuela), pero otros quisiera ahogarlo con mis dedos gatillo.

JOSELYN SILVA

16.

'Así que esto se siente cuando te desahucian', pienso, mientras escucho a la doctora decirme que ya no hay tratamientos por probar y que quizá pueda yo tener más elementos para tomar una decisión después de otra hospitalización y otra ronda de estudios -invasivos, dolorosos-.

Ya no la escucho, ya es toda ella bata blanca que balbucea. Miro la pantalla, ella ha apagado su video. No se atreve a mirarme. Del monitor siguen saliendo palabras, las registro hasta que dejo de escuchar, ya no estoy ahí. Estoy en el aeropuerto frente a la pendeja adolescente a la que le dio miedo subirse a ese avión a Cuba... Quiero gritarle que sí se suba a ese avión, que no pierda ninguna oportunidad porque un día vamos a estar postradas en una cama, escuchando a una bata blanca que habla y dice: "no hay tratamiento".

ZARÍA ABREU FLORES

17.

Veo pasar un día y luego otro. Bajo los pies despacito. Me impulso, con una fuerza que no sé de dónde viene, pongo mis manos al aire en un peligrosísimo vuelo que las dirige hasta el mueble de madera del que me sostengo y luego mando esa fuerza -que no sé de dónde viene- a las piernas dónde parece que esa fuerza se disuelve, pero las manos desde arriba las

jalan para, por fin, poder ser un ángulo de 49.7° grados que deambula de la cama al baño, del baño a la cocina por un vaso de agua y a la cama.

Así, todos los días, mayormente sola porque la pareja al trabajo, los críos a la escuela. Y así todos los días, sola pero acompañada de los dolores, la angustia, miedo y precariedad. Todos los días un poquito más lejos del sueño, según el lado de la cama en que lo veas. Todos los días más en esta chueca realidad.

NAYHIELY AQUINO